

# LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago.

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

## Como gobernantes

El dictador Lenin no está de acuerdo con las conclusiones a que arribó la conferencia de los ejecutivos de las tres internacionales políticas, efectuada no hace mucho en Berlín. Sostiene el jefe bolchevique que los representantes de la Tercera Internacional hicieron concesiones a los delegados de la Segunda y Dos y Media, lo que significa transigir con el partido de la burguesía en perjuicio del partido de la revolución.

Naturalmente que estas declaraciones de Lenin, después de la retirada del bolcheviquismo en los frentes político y económico — después de proclamar el fracaso de su ensayo "comunista" —, carece de todo valor y no persigue otro fin que el de mantener una situación que cada vez se hace más difícil y embarazosa, frente a la masa obrera que aun sigue creyendo en el revolucionarismo de esos solapados y cobardes contrarrevolucionarios. La desautorización del jefe del gobierno ruso, por su condición de mentor de la propaganda "comunista", significa para sus adictos un poderoso argumento. Lenin no está de acuerdo con el frente único sancionado en la reunión de Berlín — Jirán muy satisfechos — y sólo a Radeck y Bujarin se podrá achacar ese error táctico, que bien puede ser interpretado como una transgresión de los célebres 21 puntos de la Tercera Internacional.

Pero es el caso de dejar establecido el porqué Lenin no está de acuerdo con lo acordado en Berlín. El jefe del Partido Comunista, más que como el teórico orientador de un partido político, habla como el representante supremo de un gobierno. Y es desde ese punto de vista, como gobernante, que el dictador Lenin observa el pacto, alianza o frente único sancionado por los representantes de la Segunda, Dos y Media y Tercera Internacionales.

"A mi entender, — dice Lenin — nuestros delegados a la conferencia de Berlín no han hecho bien en declararse de acuerdo con las siguientes condiciones:

1.º Que el Poder soviético no debe lanzar sentencia de muerte en el proceso contra los 47 contrarrevolucionarios (mencheviques y socialistas-revolucionarios); 2.º Que el Poder soviético debe permitir, a los representantes de las tres Internacionales, asistir a los debates contra los acusados.

"Estas condiciones no son otra cosa que una confusión política. Si se deseara juzgar del fundamento de esta definición, bastaría formularles las siguientes preguntas para constatar su ingenuidad política. ¿El Gobierno inglés permitiría a los representantes de la Tercera Interna-

cional asistir a los debates contra los rebeldes irlandeses o al proceso contra los obreros del Africa del Sud? ¿El Gobierno inglés, o cualquier otro gobierno en ese caso, daría una semejante promesa de no lanzar sentencia de muerte contra uno de esos acusados políticos?"

Los fueros de su gobierno están por encima de toda otra consideración. Lenin defiende su autoridad como gobernante, la soberanía de ese gobierno salido de la revolución... y procede con la misma lógica con que procedería Jorge V. Para que el acuerdo de Berlín fuera sancionado en un principio de reciprocidad, los reformistas debieran tener la suficiente prevalencia en los gobiernos burgueses para imponer iguales condiciones de orden jurídico. ¿No es sólido el argumento del jefe bolchevique? Pero los socialtraidores podrían decirle a Lenin que aun ellos no conquistaron el poder en los Estados capitalistas, ofreciéndole la recíproca para cuando ese milagro se produjera.

El escenario en que actúan "comunistas" y "socialistas" puede que sea igual. Pero las condiciones de los partidos varían por razones de tiempo y de lugar. En Rusia los "comunistas" gobiernan; en Alemania simulan gobernar los socialdemócratas; pero en el resto de Europa y de América el socialismo es apenas un elemento de colaboración en los gobiernos democrático-burgueses. Pero ¿no es un hecho que el marxismo, en sus diversas modalidades, representa el mismo papel histórico y encarna idénticos propósitos burgueses y reaccionarios?

Como gobernantes hablan los bolcheviques. Como aspirantes a gobernar proceden todos los socialistas, desde los que propician la acción violenta hasta los que se empeñan en transformar el orden social con paños tibios y cataplasmas de linaza aplicadas al ombligo del monstruo capitalista.

## Corresponsal expulsado de Rusia

Según un telegrama de Riga, la agencia Rosla anuncia que las autoridades del soviét desterraron de Rusia al corresponsal de la United Press, Mr. Edwin Hullinger, pretendiendo que en sus telegramas alteraba los hechos y no cumplía las disposiciones existentes para el envío de despachos.

Se pretende que, mediante la información que transmitía, trataba de dificultar las tareas de la delegación del soviét en Génova.

Hullinger partió de Moscú el 15 del corriente.

Tratándose del corresponsal de un diario burgués, a nadie podría extrañar que fuera expulsado de un país revolucionario, donde son los obreros los que man-

dan... Pero es extraño que, en los precisos momentos que el bolcheviquismo pacta con la burguesía, sea un representante de la prensa capitalista considerado como persona "no grata" en la capital del gobierno del Soviet.

Hullinger reflejó, en sus despachos telegráficos, la situación de Rusia en su retirada hacia el capitalismo. Puso de manifiesto también lo que los bolcheviques entienden por "libertad de imprenta" y develó la miseria en que se debate el pueblo ruso, como puede verse en el resumen de una correspondencia suya respecto a la mendicidad, que publicamos en otra parte de este número del suplemento.

¿Un periodista burgués expulsado de Rusia? Muy bien. Pero ¿por qué? Por decir la verdad. Y la verdad, dígala quien la diga, está siempre bien dicha.

## Tikhon cuelga los hábitos

El patriarca Tikhon, dice un telegrama de Moscú, presionado por el alto clero (y también por el gobierno) ha resuelto colgar los hábitos. En lo sucesivo será un simple ciudadano: el ciudadano Balaibin. ¿Tiene alguna importancia el que ese patriarca recobre su ciudadanía, convirtiéndose en un súbdito del supremo gobierno rojo? La tiene desde un punto de vista político.

La renuncia del patriarca Tikhon significa el fracaso del partido eclesiástico que este acudillaba, opositor al gobierno del Soviet y a su política de las requisas de ornamentos y demás objetos de valor, consagrados al culto en las iglesias. Y es más que seguro que el nuevo jefe de la iglesia ortodoxa rusa será nombrado de acuerdo con la voluntad de Lenin.

Comentando la renuncia del patriarca Tikhon y el posible sucesor de este jefe caído en desgracia, decía un telegrama de origen bolchevique:

"Para sucesores del patriarca Tikhon se mencionan tres nombres en los circuitos del Soviet. La decisión al respecto se tomará en una asamblea de toda la Iglesia rusa, que se reunirá probablemente en Moscú en el mes de junio.

"Los clérigos de la ciudad o alta clerecía sostienen el nombre del metropolitano de Petrograd, Benjamín, mientras que la mayoría de los eclesiásticos provinciales se inclinan en favor de los obispos de Volodga, Antonín y del obispo de Perm. Ambos cuentan con las preferencias de los provinciales sobre Benjamín, porque éste es un representante de la alta iglesia y el Soviet entiende que está más de acuerdo con sus planes el tener un representante del pueblo como jefe de la Iglesia".

El gobierno bolchevique busca el apoyo de la Iglesia. Y para ello pondrá a su frente un patriarca adicto a su política. ¿No es este un caso clavado de revolucionarismo?

Suscríbase a "La Protesta" y el suplemento 12

## Revolucionarios y mendigos

No se distinguen, en Moscú, los revolucionarios de los mendigos. Con la vuelta a las transacciones comerciales y al régimen de la propiedad privada, renace en Rusia el problema de la mendicidad y hasta el de la delincuencia... Esto nos dice, en síntesis, Edwin W. Hullinger, corresponsal de la United Press en Moscú. Pero es digno de ser conocido por nuestros lectores el resto de esa información sobre el desarrollo de esa plaga del capitalismo, que había desaparecido de Rusia durante la revolución.

"El problema de la desocupación — dice el citado corresponsal — con su corolario de miserias y de crímenes, se vuelve a plantear en la Rusia de los soviets a causa de la nueva política económica. Con la desocupación de miles de obreros antes de que las industrias particulares estén lo suficientemente desarrolladas para darles ocupación y sueldo, el problema adquiere graves caracteres. En el mes de marzo se calculaba que en Moscú había de noventa a cien mil desocupados y en Petrogrado ochenta mil. En ambas ciudades el 70 por ciento de los desocupados eran mujeres.

"Desde entonces, el número de desocupados se ha triplicado, y en las estadísticas del comisariado de trabajo, el 1.º de abril había más de veinte mil personas en las listas para conseguir empleos públicos. Se asegura que este número constituye solamente una quinta o sexta parte del total de desocupados. Debido a la falta de medios, el comisariado de trabajo no ha podido ayudar a los desocupados de otra manera que prometiéndoles conseguir empleos.

"Para este fin, el gobierno recientemente canceló el derecho que tenían las firmas comerciales-particulares para contratar trabajadores por su cuenta, obligándolas a hacerlo por medio de las oficinas de empleos del gobierno. De esta manera el soviét espera regular el "mercado" de trabajadores y distribuir a los desocupados donde sean más necesarios.

"Este decreto solamente fué dado a la publicidad hace diez días y, desde luego, no es posible juzgar su eficacia. Sin embargo, se duda que sea bueno, no solamente porque es difícil de realizar, sino también porque la causa de la desocupación es más profunda que la mera cuestión de distribución del trabajo, y no podrá mejorarse hasta que la industria sea reconstruida básicamente.

"Los pordioseros de Moscú, verdaderos y falsos, siempre fueron una de las visiones más patéticas de esta ciudad antes de la guerra. No hay calle rusa, no hay mercado, iglesia o lugar público, que esté completo sin ellos. Figuran en las óperas y en la literatura rusa, son parte íntima de la ciudad.

"Desaparecieron durante la revolución. A donde fueron es un misterio. Los hábiles físicamente, desde luego, fueron obligados a trabajar, y los demás perdieron la esperanza desde que el público no andaba con dinero de más en los bolsillos, porque había pocas oportunidades para emplearlo, puesto que los alimentos eran repartidos por el gobierno por raciones.

"Ahora han vuelto en legiones. Un grupo de más de cien se mantiene en pie delante de los grandes "restaurants", cafés, etc. Todos los domingos por la mañana forman cola en las galerías de la iglesia del Salvador, cerca del Kremlin. Los mendigos cantores toman asiento en el exterior, comenzando sus cantos orientales mientras los flejes salen de los servicios religiosos. Otros se estacionan en la calle; algunos de ellos parálisis verdaderos, otros simuladores. Escenas, si-

# La 'confesión' de M. Bakúnin al Zar a la luz de la Historia

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS

I

Al fin he podido leer a mi gusto, en su texto íntegro, las famosas "Confesiones", escritas en 1851 para el zar Nicolás I.; documento del que ya se han publicado trozos, comentándolos de modo arbitrario e inexacto. El fascículo de estas "Confesiones" se encuentra guardado en un legajo de 151 documentos concernientes a Bakunin, y relativos a los años que precedieron al 1848 y a los siguientes, hasta 1861. En el mismo legajo estaba también un segundo ejemplar de estas "Confesiones", con anotaciones de puño y letra del zar.

Desde 1917 en adelante, muchas personas han podido examinar libremente este documento. El profesor Hinsky, que lo vió, hubo de conservarlo en un estudio en el "Mensajero Literario" de Petrogrado, de octubre de 1919. Y apoyado en este estudio y sobre las "Voces recogidas de segunda mano" es como Víctor Serge (Kibalchiche) escribió el conocido artículo del 7 de noviembre del mismo año; artículo reproducido después — y alterado a pedido del autor — en la revista "Forum" de Berlín, y luego vulgarizado, para uso de los lectores italianos, por "Genosse" en "Comunismo".

Entre tanto se ha hecho en Moscú la publicación, por obra de V. Polonsky, del texto íntegro original de las "Confesiones" por la redacción de los "Archivos Históricos". Publicación impresa por cuenta del Estado, y de la que es probable se hará pronto una traducción al alemán.

Será bueno, antes de proceder al examen más profundo de este documento, poner de relieve que no aporta nada de nuevo para quien haya examinado la primera parte de la vida de Bakunin con el mismo cuidado observado por muchos en el estudio de la última faz de su existencia. Para éstos, la lectura del documento no puede reservar ninguna sorpresa, y los comentarios interesados de sus primeros divulgadores aparecen por lo tanto desprovistos de toda seriedad y sinceridad de intenciones.

¿Cuál era, entonces, el origen y el ver-

milares pueden ser observadas en todas las Iglesias de Moscú; las únicas variantes son la forma y la cantidad. Los portales de los templos no frecuentan sino las grandes Iglesias.

Los mendigos ordinarios son activos y numerosos, tan activos y numerosos como antes o tal vez más. Pavecen rodear el trineo cada vez que uno se detiene en las calles, saliendo de donde nadie lo sabe o lo sospecha, conociendo a la distancia al extranjero. Los hay viejos, jóvenes, niños y hasta mujeres y mutilados.

"Hasta qué extremo es responsable la desocupación de la epidemia de crímenes y asaltos en las calles de Moscú y hasta qué extremo se puede culpar esto al desequilibrio que acompaña a los cambios radicales en las condiciones económicas y políticas de un pueblo y a la repartición del dinero, el relajamiento de los poderes disciplinarios de un gobierno, es una pregunta a la que se hace necesaria una contestación acérrima.

"El hecho es, sin embargo, que la unificación de la criminalidad existe y por primera vez, desde el Invierno, ha alcanzado tales proporciones como las del primer año de la administración bolchevique en Moscú en 1919".

dadero carácter del documento "incriminado"?

Miguel Bakunin, después de dos años de ansias terribles, en 1849-1851, en la soledad de su celda, en las tétricas cárceles austriacas, suspendido en la alternativa de la ejecución capital o de la ergástula, era enviado a Rusia donde él esperaba una suerte peor aún. En cambio, sus lúgubres aprensiones se disiparon pronto ante el trato cortés que se le daba en Rusia desde el principio de su extradición, evidentemente por deseo expreso del zar. Desde ese momento recobró ánimos, pensando en el modo de evadirse más pronto o más tarde.

Y es en esta disposición de ánimo que lo sorprendió el pedido de Nicolás I. de comunicarle la narración de sus "faltas" "como si se confiase a un confesor".

Disponiendo el zar de modo exclusivo en la elección de los medios de procedimiento, esta su solicitud expresada, en tales términos de dignación, se presentaba materialmente como la forma más benigna en que pudiese interrogar a un preso, imputado, como lo estaba Bakunin, de las más graves acusaciones. Poco importa cuál fuese el motivo de esta actitud indulgente del zar: tentativa de deslumbrar a su víctima, o tal vez sentimiento de respeto por la audacia poco común de Bakunin. El hecho es que este último aceptó esta forma de discusión, no elegida por él, pero que sin embargo, era la única que se le concedía. De este hecho, lógicamente, no podría en verdad hacer una culpa de Bakunin ninguno que se hubiera encontrado en la condición de tener que responder a las preguntas precisas de un juez de instrucción o de un presidente de tribunal.

Luego se nota que Bakunin no se dejaba deslumbrar por la aparente indulgente condescendencia del zar. Esto se desprende de las declaraciones hechas más tarde a uno de sus jóvenes compañeros rusos, y de la lectura misma del documento "incriminado", en el que el "penitente" contaba a su pretendido confesor sólo lo que a él le parecía más oportuno y menos comprometedor darlo a conocer, y siguiendo siempre, por consiguiente, un criterio propio. Se trataba, en suma, de un conjunto de "realidad y de ficción", como el mismo Bakunin hizo de expresarse a este propósito muchos años después (en 1860): un conjunto de evasivas a un interrogatorio hipotético; en las cuales, mientras se repiten cosas archisabidas, se deja en discreta sombra todo lo que podría comprometer la causa común, y a los compañeros entregados a la causa, atenuando la responsabilidad de los que ya estaban a merced de los tiranos imperiales. En lo que respecta a su responsabilidad personal, Bakunin no sólo no intentó dismular las causas revolucionarias que inspiraron su propia actividad, sino, que por el contrario, reivindicó, de modo inequívoco para sí sólo las responsabilidades que podrían ser imputadas a otros acusados, detenidos también en las cárceles zaristas. Bakunin se ingenua, es cierto, para reducir a las debidas proporciones las consecuencias jurídicas de las imputaciones que se le hacían, mostrando hasta qué punto le faltaban los medios materiales de ejecución, razón por la cual, la mayor parte de sus proyectos revolucionarios no habrían tenido ni siquiera un débil principio de actuación.

Como sería absurdo pretender que un prisionero diga la verdad completa a su propio verdugo, así es fácil explicarse las reticencias contenidas en las declaraciones de Bakunin. Y ni siquiera se podría honestamente ver en estas sus naturalistas reticencias una preocupación cualquiera por amenuar su responsabilidad frente al zar. Aún siendo él el único preso acusado por los hechos que se le atribuyen, Bakunin no ignoraba cuán profundas eran las animosidades del zar para sus súbditos de Polonia; razón por la cual se consideraba obligado a presentar bajo la más benigna apariencia los detalles de la conspiración polaca. Esto no lo hubiera logrado sin resignarse a desvalorar también su participación en ella, viniendo así a disminuir también la importancia material de aquella conspiración. No hay razón para dudar de que Bakunin, al apreciar cuidadosamente la consecuencia de cada particular detalle contenido en su largo memorial, no estuviese constantemente y absolutamente guiado por el concepto de una absoluta fidelidad a su causa y de un profundo sentimiento de solidaridad con sus compañeros, aún inspirándose en un bien entendido sentido diplomático frente al déspota que debía ser su único lector y su único juez inapelable al mismo tiempo.

En cuanto a la "forma" del escrito, no hay que olvidar que estaba destinado a un autocrater. Y se sabe bien de qué deformación mental estaba afectada esa especie de seres! Por lo que se comprende fácilmente cómo Nicolás I. — pagado de su propia dignidad imperial — esperaba de su prisionero verdaderas admissions especificadas de "crímenes", de "golpes", acompañadas de explícitas protestas de arrepentimiento, y que por tanto no habría tomado en consideración un documento en el que, hasta en la forma, no se hubiese tenido en cuenta estas sus comprensibles expectativas. Consciente de esto, Bakunin no dudaba, pues, en servirse de la fraseología consagrada, como sucede con cualquier prisionero cuando tiene que dirigirse a una de las autoridades que lo tienen a su disposición.

Es necesario, sin embargo, apuntarse a decir que la astucia de Bakunin no le valió gran cosa. Ni siquiera la reticencia usada al afirmar que habría dicho la verdad (guardándose de decir "toda la verdad"); agregando en seguida que no podría en descubierta más que sus "faltas", y no las de los otros, pues tenía el firme deseo de no perder la única cosa que le quedaba, es decir, el honor. A Nicolás — alma más sordida de lo que Bakunin sospechaba — estas palabras de condicionamiento le sugirieron la observación (escrita por él mismo al margen del manuscrito del memorial) de que con esto se venía a destruir la atendibilidad de todo el conjunto de las declaraciones mismas. Era claro que el zar esperaba, si no una verdadera y propia delación, por lo menos revelaciones más concluyentes; y Bakunin tuvo la astucia de no prestarse, ni remotamente, a este juego. Y hasta esta primera prueba de las precisas disposiciones mentales de Bakunin, para que el autocrater viese claramente que jamás obtendría el fin deseado. Y desde aquel momento Ba-

kunin no tuvo más nada que esperar por ese lado. ¿Qué más se quiere?

De aquí, pues, en breves trazos, el origen, el carácter y la consecuencia del tan pregonado documento, cuyo valor biográfico e histórico aparece muy desigual. Puesto que al lado de trozos oscuros, voluntariamente envueltos en un velo de sombra discreta, hay análisis retrospectivos, resúmenes de ideas, perfiles (bien entendido que únicamente de los que hablan emigrado a América) de un interés real. Más aún, cada parte de este memorial debe ser examinada separadamente y a la luz de los hechos que ya conocidos de aquella época, evitando siempre las demasniadas fáciles generalizaciones y guardándose con cuidado de tomar cada cosa al pie de la letra. Es necesario ver en él un documento por así decir "estratégico", un plan de defensa y tal vez de ofensa, en el que se hacen valer por momentos la sinceridad, la verdad verdadera, y por momentos una amonación o una exageración voluntaria de los hechos. (Aquí habría de considerarse otro factor, pero volveremos sobre él en la continuación de este escrito).

Se trata, en suma, de la defensa habilísima de un imputado, libre de toda pretensión de reconstrucción de la verdad histórica objetiva. No se podría considerar rigidamente responsable a un imputado político de cada palabra y argumento empleado en su defensa, particularmente en el caso especial de Bakunin; el que cuando redactaba aquel memorial se encontraba quizá expresando su pensamiento por la última vez en su vida (y en efecto, sólo después de diez años le fué posible hablar nuevamente para el público).

Y ahora veamos el pedido de Bakunin al zar. En suma ¿qué es lo que le pedía? La segregación celular resultaba más insoportable de lo que se puede decir para este hombre socialísimo, que creció en una familia numerosa de hermanos y hermanas, convertido luego en el alma fúncasable de un círculo amplio y abundante de personas, de un ambiente de discusión, de vida y de propaganda intelectual intensa. Había pasado ya dos años en la celda y luchaba para pasar el resto de su juventud (entonces tenía 36 años) y quizá de su vida. Pero su lucha fué vana, porque el efecto de su "confesión" fué tal que el zar, como ya dijimos más arriba, no se ocupó más de él, de modo que Bakunin pasó otros cinco años y medio en reclusión celular.

¿Qué más se quiere? Si sus camareros hubieran tenido la mínima esperanza de "domesticarlo", de hacerlo un verdadero "penitente", no lo hubieran dejado envejecer entre los tétricos muros de su celda, perder su salud, y llegar hasta el borde del suicidio; situación en la que se encontró Bakunin a principios de 1857.

Max NETLAU (Continuara)

Todo lo que concierne a la cuestión de la libertad se reduce en mi concepto a una disputa de palabras. No consentiré jamás en identificar la libertad con las libertades políticas. Lo que yo llamo lucha por la libertad no es sino la constante y viviente conquista de la idea de libertad. La noción de libertad lleva consigo la idea de un ensaño constante y progresivo.

IBSEN.

# = NOTAS =

## "Aquí todos somos trabajadores"

Acaba de aparecer esta nueva tesis en la sociología argentina; su descubrimiento pertenece al conocido mulato Manuel Carls; quien, por cierto, plantea una cuestión tan pelaguda a los sociólogos contemporáneos, de ideas avanzadas, como la cuestión de la relatividad del espacio es a las diversas hipótesis del infillito...

Y "aquí todos somos trabajadores" significa que no hay motivo para estar desconfiados con el sistema democrático que rige en la Argentina, y que, por lo tanto, no tiene nada que hacer aquí el comunismo ni el anarquismo y mucho menos aquello de que "quien no trabaja no come". Pues planteada esta última cuestión a los demócratas argentinos, aparece en escena este personaje y con aire de cómico serio replica: "Aquí todos somos trabajadores". Y lo grave es que se puede probar también esto, lo cual deja mal parada la tesis comunista. Pues si todos justifican que trabajan, no se les puede negar el derecho a comer. Y el comunismo se habrá tirado una plancha...

Otra cosa sería si la frase se hubiese compuesto así: "el que no produce no comerá" ¡Ahí le quiero ver escoperar! La futura burocracia del gobierno proletario no tendría derecho a la manduca, ni al exponerse la tesis podría aparecer el cómico personaje y decir: "Aquí todos producimos". ¡Haber, pruébelo!

Naturalmente, aquí todo el mundo trabaja — trabajar es hacer algo — aunque no en trabajo productivo; la mayoría trabaja comiendo lo que produce la minoría, y todos hacen algo, hasta Carls y los futuros comisarios del pueblo. Nadie podrá decirles, con propiedad, a los que viven comiendo el producto ajeno, que no trabajan. Y el jefe de la liga seguirá teniendo razón mientras no se pruebe que el trabajo de los que comen y no producen es un "destrabajo".

## La moda y los tilingos

¿Quién es la moda? Es la patrona de las tilingas, y de los tilingos también. Ama y reina soberana absoluta de ese enorme montón de gentes sin carácter, sin espíritu y... sin cabeza. Es la soberana de la nulidad, emperatriz de inmensos rebanos inútiles — inútiles al progreso, que no así a los modistos y comerciantes en telas y chucherías — que pasan por la vida sin dejar más que un leve rastro de pezuñas y el fugaz recuerdo de su ridícula existencia.

La tilinguería tiene la moda como única preocupación de su vida sin objeto. El vestido absorbe toda su actividad; es su religión y su moral; moral y religión de telas, arremangos y descotes. Moral digna de tales gentes. Un trapo corrido por un modisto, es libro sagrado de las muchedumbres tilingas.

Los modistos gobiernan desde París esa inmensa masa de humanidad que presume de elegante ya que no puede presumir de inteligente: la inteligencia está reñida con la moda; las telas podrán cubrir cualquier flaca o miseria física, pero no pueden vestir el juicio ni el carácter. Los modistos son algo así como la varita mágica de la ficción; a su conjuro se mueven millones y millones de seres hipocótos obedeciendo regocijados el mandato imperativo de los maestros del ridículo.

Y los tilingos están en todas partes, desde la cocina de fondin hasta la presidencia de la república y el trono real. La tilinguería es infinita. Por eso los modistos son los emperadores que cuentan con más súbditos. La moda es la emperatriz que tiene más vasallos. Los tilingos son incontables y ese es su consuelo...

## Para ver monos...

¿Queréis ver monos? No habrá necesidad de ir hasta Palermo; en la calle Florida encontraréis una multitud de las...

más variadas especies. Allí veréis desde el gorila hasta el titi. Solamente que hay que saber contemplarlos. Es cuestión de ubicarse en un sitio apropiado para que la visual abarque todo el conjunto y no escapen detalles.

Así se observan todos los movimientos, todas las muecas, saltitos, meneos de cola, guiños significativos de los monos a las monas y viceversa, las tentativas de aborriaje que a veces se traducen en rozamientos de codas y otras en inclinaciones francas del mono sobre el cuello de la mona descolada. Los viejos monos bien rasurados y perfumados, llamante el traje y brillante el botín, intentan pasar por claveles de la primer esta-

# La paz armada y Tolstoy

Las potencias que se han vuelto a reunir en Ginebra se han enfrascado en un sin fin de debates que tendrán escasos resultados positivos. El imperialismo reinante trata de hacer un esfuerzo supremo para conciliar sus armamentos con las subsistencias, buscando de encontrar un equilibrio económico a su situación. Se propone el absurdo de llegar a una conciliación entre el agua y el fuego.

Ante lo descabellado de este propósito, es muy oportuno recordar la opinión del formidable genio ruso, cuyo humanitario misticismo desparraña sobre toda la vida moderna una claridad de vida nueva, una esperanza de salvación universal.

Para Tolstoy existe una contradicción trágica entre el sentimiento de paz universal de que se sienten animados la mayoría de los hombres de todos los pueblos, y la posibilidad en que todos están de amanecer cualquier día matándose con sus vecinos, gracias a la voluntad del hombre o de los grupos de hombres que gobiernan. Esta contradicción trágica es tan terrible, que si los hombres no tuviesen para idiotizarse y no pensar en ella, el vino, el opio, el tabaco, la prostitución y el juego, se suicidarían la mayor parte de ellos. Antes de la guerra había ya 60.000 suicidios por año en Europa. ¿Y hoy?

La actitud de los políticos y pensadores europeos, la encontraba Tolstoy, a fines del siglo, dividida en tres categorías: la de quienes consideraban la paz armada como algo ocasional, susceptible de mejorar, por simples medidas internacionales y diplomáticas; la de los que la consideraban como algo tremendo y atroz, pero inevitable, como las enfermedades o la muerte; y la de los que encontraban en la guerra necesaria, bienhechora y deseable.

Esta última clase de propagandistas, puede darse por definitivamente terminada con el fracaso de los Bernhardt y demás teóricos desenfrenados de la matanza. Quedan las otras dos clases de pensadores y políticos.

En opinión de Tolstoy era una vana ilusión que los gobiernos se propusieran, o se les sugriese licenciar sus ejércitos y someter sus diferencias al arbitraje; en efecto, todos miramos, después de 25 años, hacia La Haya, con tristeza y desencanto, habiendo recibido el más recio golpe con la farsa de la Conferencia de Washington.

En que Tolstoy, ya hace mucho tiempo,

ción, aunque su abdomen los dejaba, su abdomen que va diciendo: "soy una remolacha". Igual cosa les sucede a las cornudas gorilas, de anchas nalgas y cuello de toro padre; aunque parece que solo se preocupan de vigilar a sus tiffes, que van saltando y trepándose unas en otras, exhibiendo sus carnes jóvenes semicubiertas por la apretada tela, un pierden oportunidad de flechar a los más apuestos gorilas que, al pasar, clavan con su mirada su apetito sobre las teñidoras jamonas que se contonean como al descenso.

Y en este "monono" desfiló lo que más resalta es, en las hembras, el ansia de despertar apetitos sexuales y en los machos, la afectación de una elegancia de que no los ha dotado la naturaleza. Monos al fin, no pueden disimular su encorbamiento de la espina dorsal por más que se enderecen sobre sus palas traseras. Para verlos no se paga nada: en Florida a media tarde

do, con agudeza ejemplar decía que los gobiernos tienen un trabajo bastante difícil en reclutar y sostener sus ejércitos; si se toman ese trabajo, es sencillamente porque no pueden hacer otra cosa; al gran filósofo le pareció que exigirles a los gobiernos que reduzcan la extensión de su fuerza, es como exigirles el suicidio a una persona. Los gobiernos actuales no reposan sino sobre la fuerza.

En cuanto a los congresos, ligas y conferencias Tolstoy opina que si hay alguna fuerza capaz de hacer que las potencias reduzcan su armamento, esa fuerza no podrá ser, sino la opinión pública o el mutuo acuerdo de las potencias; ahora bien, si esas fuerzas pueden lograr eso, también podrían lograr la completa supresión de los armamentos y de las guerras. Pedir a los gobiernos la reducción o supresión de los armamentos equivale a pedir a los comerciantes no vender nada a precio superior al costo; que se ocupen sin beneficio de la distribución de las riquezas, y luego suprimir el dinero, que ya sería inútil. La invitación a los gobiernos a no emplear la fuerza y resolver con justicia sus diferencias, es un consejo de suicidio. El error proviene de que los juriscónsultos políticos y pseudos pensadores, parten del principio que el gobierno es una cosa distinta de lo que es en realidad: una reunión de hombres que explotan a los demás.

Valé entonces la pena que cada cual medite sobre lo enunciado por el que fué el más gran apóstol moderno; y que se comprenda que para que desaparezcan los armamentos y las guerras es necesario que cada individuo se niegue a ser soldado, empuñar un fusil y matar por encargo a quienes nunca han visto y ni siquiera conocen, no teniendo la menor razón para odiarlos.

La Justicia nunca ha sido ni puede ser obligatoria para aquellos que disponen de hombres armados, preparados a la violencia y que dominan a los débiles.

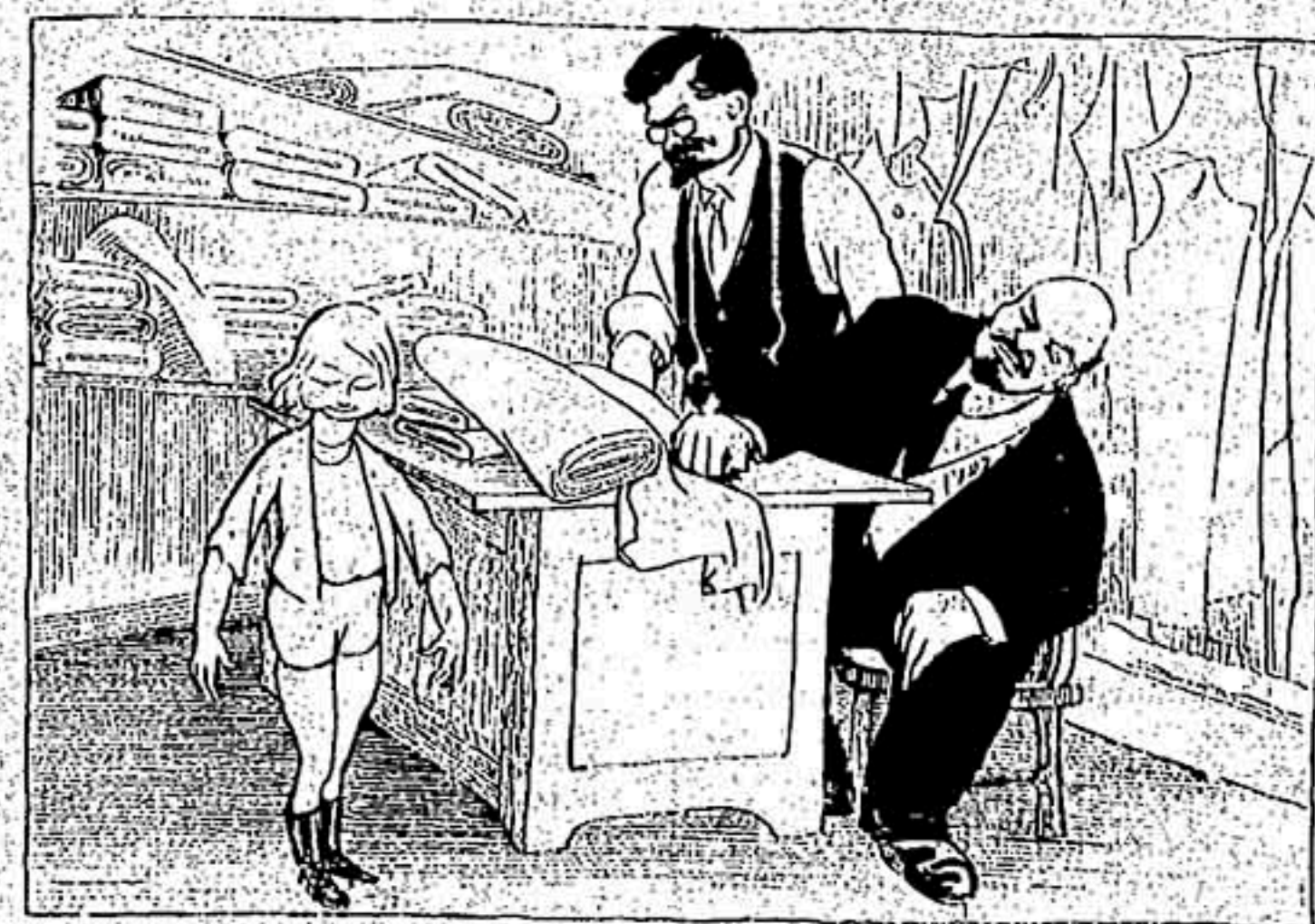
Para el gran apóstol moscovita la resolución de tan complicada e inexplicable cuestión depende simplemente de la actitud personal que asuma cada uno ante la cuestión moral y religiosa siguiente: la legitimidad o ilegitimidad del servicio obligatorio. Si la mayoría de los hombres resuelve negativamente en su conciencia esta cuestión; si llega a convencerse de que ninguna imposición moral o religiosa los obliga a matar a quienes ni siquiera conocen, por la simple voluntad de un individuo o grupo de individuos amorales y explotadores, la cuestión se habrá resuelto por sí sola.

Ante los repetidos fracasos sufridos por los pacifistas, desde los tiempos en que era el Zar mismo quien proponía la limitación de armamentos, vale la pena de meditar sobre las palabras del más alto espíritu de la Edad Moderna.

La desgracia es que todavía hay papamatas que con sus ojos fijos en estas conferencias internacionales creen de buena fe que los gobiernos se averdrán a desarmarse. Nunca se les ha ocurrido pensar que los gobiernos están basados sobre la explotación y el robo; y que no pueden, so pena de desaparecer, desprenderse de los armamentos que los hacen fuertes y temibles. ¿Se explica con alguna lógica que se le pueda pedir a un bandolero que deponga las armas y, así, inermes, continúe ejerciendo su oficio? Ni el tampoco se atrevería. Tolstoy, quisiera que las masas comprendieran esta sencilla verdad y que se decidieran ellas mismas a resolver la cuestión, negándose a ser eternamente un instrumento de opresión y matanza...

Valé entonces la pena que cada cual medite sobre lo enunciado por el que fué el más gran apóstol moderno; y que se comprenda que para que desaparezcan los armamentos y las guerras es necesario que cada individuo se niegue a ser soldado, empuñar un fusil y matar por encargo a quienes nunca han visto y ni siquiera conocen, no teniendo la menor razón para odiarlos.

No pidamos milagros a los gobiernos; hagamos nuestros asuntos nosotros mismos ya que estamos fuertemente interesados en que la sociedad se transforme. — MATH BRIANCOURT.



—Deben vestir de nuevo al niño, camarada Protzky, corta de la tela "Dictadura" y confecciona un traje a última moda. — ¿Qué moda? camarada Lenin. — Estilo Ginebra.

# Las ideas morales de Pierre Curie

En esta sociedad que ha llegado al máximo de corrupción, suceden a veces cosas milagrosas. Sabios como Ameghino, como un Fabre, o un Curie o un Ramón y Cajal florecen, viven y trabajan dejando una obra maravillosa que, luego, los gobiernos, cuando pueden, se encargan de aplicar con fines opuestos a los que tuvieron en cuenta esos hombres de ciencia para crearla. Nos recuerda esto, la leyenda de una charca, despreciada por todos y que un buen día a un transeúnte se le ocurre echar a ella un puñado de tierra. Los que despreciaban a la charca, creyendo que ese puñado de tierra era un insulto más con que agraviar a esa agua estancada, cuya única misión parecía ser la de estarse quieta reflejando el vagabundear de las nubes y el chispear de las estrellas, también arrojaron sendos puñados de tierra, y así por días, meses y años. Se desliza y silenciosa devoraba la charca esa tierra, hasta que en su seno apareció un montículo. Y un día de primavera, con asombro de todos, apareció una flor maravillosa de coloración tenue y delicada. Contemplarla tan pura, tan graciosa y tan bella, irradiando efluvios de color y perfume, era un encanto indecible para todos...

Aunque el símbolo es un poco obscuro, dice bastante lo que nuestro sentimiento, más que el pensamiento, quiere expresar al respecto. Sabios y artistas que florecen en esta sociedad, lo hacen a pesar y contra los deseos de esta misma sociedad. Dijérase que surgen en el seno del mayor estancamiento y corrupción por una fatalidad misteriosa e inexplicable. El ambiente moral y el medio en el cual se desarrollan, es adverso, sin embargo, hacen, crecen y reventan en flores, mágnolo todas las circunstancias.

Nos sugieren estas reflexiones los recientes honores tributados a Ramón y Cajal y también el más grande monumento que se podía erigir a la memoria de Pierre Curie y que es la publicación de sus obras por la Academia de Ciencias de París.

Con este motivo Charles Edmond Guillaume, sabio que recibió el premio Nobel de Física hace dos años, ha publicado un interesante trabajo acerca de Curie, relatando cómo trabajó conocimiento con el extinto, su método de trabajo y, lo que es más importante, sus ideas.

"Entre los amigos de Pierre Curie soy uno de los más antiguos. Eramos contemporáneos y teníamos los mismos gustos y las mismas aspiraciones.

Sus pensamientos estaban siempre llenos de bondad y más tarde pude darme cuenta hasta qué punto nuestras conversaciones habían guiado mi evolución. Un día me dijo:

"Las investigaciones científicas frecuentemente se echan a perder por miras egoístas. Un hombre quiere publicar algo y se apresura a llegar a conclusiones que carecen de base apropiada. La investigación sólo tiene realmente valor si se emprende llevando como única mira la de levantar un poco el velo del misterio. Naturalmente que si así ocurre, sólo hemos de preocuparnos por dar a conocer nuestros descubrimientos cuando estemos completamente seguros de ellos".

Admiraba yo de una manera muy intensa la fase moral de Pierre Curie; pero — ¿me atreveré a decirlo? — todavía no había comprendido que era un gran sabio en el dominio de la física. De todos nuestros amigos, Lucien Poincaré fue el primero que se dio cuenta de ello.

Pierre Curie meditaba mucho y muy profundamente, y sus maravillosos pensamientos se revelaron desde muy temprano.

Edmond Desains había consagrado toda su vida al estudio de la radiación, pero sus ideas siguieron siempre con penetradas de las antiguas doctrinas. En 1880 apareció una nota firmada por Desains y Curie. En ella aparecía una nueva idea como un preludio para las obras de Langlet. Vinieron en seguida las investigaciones sobre electricidad que cul-

minaron en el descubrimiento de un importante fenómeno, al que Pierre Curie había dado todo su desarrollo en 1887 y que penetraba a todo el dominio de la ciencia física.

Vimos que el joven Pierre Curie estaba elevándose hacia la fama. Sin embargo, para obtener una cátedra universitaria le era necesario recibir primero el título de doctor, y a pesar de la adversión que sentía por todos los títulos, al fin lograron sus amigos convencerlo para que escribiera su tesis.

En 1895 se decidió a hacerlo así y este trabajo académico abrió una nueva era en nuestros conocimientos sobre el magnetismo.

Entre las personas que se encontraban presentes al dar lectura públicamente a su tesis, Pierre Curie reconoció a una jóven estudiante polaca, Mme. Marie Sklodowska y algunos meses después, durante las vacaciones, los amigos de Pierre Curie supieron con gran regocijo que aquellos dos seres privilegiados iban a unir sus destinos.

Mme. Pierre Curie estaba llamando la atención con sus investigaciones sobre física, pero todavía no llegaba a expresar sus ideas completamente.

En el laboratorio de M. Lippman, donde había trabajado, solamente sabíamos que realizaba buenos trabajos de investigación y que además se encontraba dotada de magníficas facultades de organización, de mucha habilidad y de una energía indomable.

Unas cuantas conversaciones sostenidas con ellos nos habían revelado los altos ideales que abrigaban, y entre nosotros llegó a prevalecer el sentimiento de que ella sólo era digna de Pierre y él sólo digno de ella".

Sigue diciendo M. Guillaume cómo, gradualmente, fueron abriéndose paso las ideas enteramente nuevas en materia de física y cómo poco a poco hubieron de desvanecerse nuestros viejos conceptos sobre la constitución de la materia, debido principalmente a las investigaciones y descubrimientos hechos por Pierre Curie. Pero dejemos la palabra a M. Guillaume:

"Y sucedió que una noche del año de 1906 sufrimos la terrible noticia de que Pierre Curie había sido víctima de un horrible accidente.

La Sociedad de Física elevó a su memoria el único monumento a que él hubiera sido capaz de conceder algún valor, es decir, publicó sus obras.

Y para esa edición monumental de los trabajos de Pierre Curie, su viuda escribió en el Prefacio las siguientes palabras:

"Los últimos años de la vida de Pierre Curie, consagrados a investigaciones y estudios sobre la radioactividad, y a trabajos teóricos del más alto interés desde el punto de vista de la ciencia física en general, han producido muy grandes frutos.

"Sus facultades intelectuales se encontraban en pleno desarrollo, como también lo estaba su maravillosa habilidad experimental.

"Venía abrigando la esperanza de que transcurridos breves años, podría disponer del laboratorio que siempre había deseado para crear en torno a suyo un círculo de colaboradores capaces de compartir con él su amor al trabajo.

"Ha a abrirse un nuevo período en su vida; ese período debía de ser, con más grandes facilidades, la continuación natural de una admirable carrera científica.

"El destino no ha permitido que así fuera y estamos obligados a inclinarnos ante su incomprendible decisión".

Mme. Curie ha continuado noblemente hasta hoy la labor comenzada con su esposo y honra todavía la memoria de Pierre Curie ayudando a desarrollar el programa de la vida del desaparecido, tomando participación en la empresa de algunos de sus amigos y dotando de recursos pecuniarios suficientes el laboratorio que aquel sabio "había deseado siempre".

Porque Curie, es de los que creía que la ciencia, con sus nuevas verdades podría redimir a los hombres, haciendo su

vida más fácil y más de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Ahora, naturalmente, que no sería difícil que este descubrimiento del radio, — así como otros muchos — los gobiernos, terminasen por convertirlos en uno de los más poderosos y horribles instrumentos de destrucción y muerte. ¿No estaban los aeroplanos destinados a derribar todas las fronteras y a unirnos en un abrazo solidario de fraternidad universal? Ya hemos visto el uso que se le dió en la reciente guerra. ¿Es culpable la ciencia de esto?...

# Los esquimales

## Su concepción del mundo

El corresponsal de la Associated Press en Ottawa, hizo una especie de revelación de las costumbres, supersticiones y sistema de vida, de los esquimales que viven en el extremo norte del golfo de la coronación. Esos interesantes informes le fueron proporcionados por M. D. Jenne, etnólogo de una expedición organizada en el Canadá en los años 1913-18, el que estudió la vida y costumbres de ese pueblo tan alejado del mundo conocido y civilizado.

He aquí la parte más interesante del citado informe:

"La concepción que estos esquimales tienen del Universo no puede ser más rudimentaria. La tierra es, según ellos una extensión hecata de mar y tierra de límites desconocidos, cubierta de nieve y hielo durante la mayor parte del año. En cada uno de sus extremos hay una columna de madera que sirve de sosten al cielo. Sobre el cielo hay otra superficie, otra tierra, en la que existen a hundidas renos y otros animales parecidos a los de nuestra tierra, y vagando sobre esta superficie, otros seres semi espirituales, el sol, la luna y las estrellas.

El sol y la luna son semihumanos o al menos la morada de seres semihumanos: la mujer es el sol y hombre la luna. Las montañas de la luna son los perros de los hombres; según otra creencia, es una mujer con sus perros que vino una vez a la tierra y que los "shamans", intermediarios entre los esquimales y el mundo sobrenatural, atron con una soga y arrojaron de nuevo al cielo. El Tiempo, al que se menciona como ser humano, se mueve por el cielo y a medida que avanza el sol desciende.

Las estrellas fueron seres humanos

# La militarización de los niños

## El "escoutismo" negación de la :- voluntad y del carácter :-

La institución de los *boy-scouts*, o *niños exploradores*, para designarlos en castellano, se ha incrustado en nuestro país, como en muchos otros — y esto no es un consuelo —, con una organización y actividades que se distancian completamente de lo que fué en su origen. Hoy, es una de las más grandes vergüenzas nacionales.

Cuando apareció, por primera vez, entre los anglo-sajones, aunque fundada por un viejo militar constituida un verdadero sistema civil educativo. Se proponía dos nobles objetivos: salvar a los niños pobres, periódicamente, de la violada febrilidad de la existencia en las grandes ciudades, y acostumbrarlos a luchar contra los elementos naturales, desarrollándoles la aptitud de iniciativa para la acción.

Trasplantada a la Argentina, se ha ido haciendo de ella una perfecta conscripción infantil. Se adoptó uniforme, gale-

antes de que ascendieran al cielo. Las de la constelación de Orión son cazadores de focas que no regresaron al campamento. Los esquimales creen que muchas razas extrañas y solo semihumanas rodaban su tierra. Están en la duda de si los indios son humanos, pero en cuanto a las otras razas, están convencidos de que no lo son. "Al año de estar en su tierra— refiere Mr. Jenne—corrí entre los esquimales la noticia de que los hombres blancos no eran diferentes físicamente de los esquimales y el descubrimiento causó enorme sensación.

Según creen, los animales se sienten ofendidos por las palabras despectivas y los burlescos que se rien del reno o de la foca sin castigados con alguna enfermedad repentina o atraen sobre sí la mala suerte. No solo deben los esquimales propiciarse las sombras de sus muertos, sino también las de los animales que matan.

Sus ideas religiosas les aportan muy poco consuelo. Potencias misteriosas y hostiles, invisibles e incalculables, los cercan constantemente de todos lados y nunca se sabe cuando una enfermedad fatal o una desgracia va a caer sobre alguno o sobre su familia, sin causa aparente y sin razón alguna, salvo la maldad de aquellos enemigos invisibles. La muerte espera a las puertas, ni del feliz campo de caza de los indios, ni del cielo de paz de los cristianos, sino de un vago y tenebroso reino donde la alegría no existe.

El canto y el baile son las principales sino las únicas distracciones. En realidad, todas sus canciones son hallables. Existe también, dice Mr. Jenne, la murmuración y la chismografía, especialmente entre las mujeres, quienes, como en todas partes del mundo, se sientan a hablar de las demás horas tras horas.

Hay también modas, tan imperiosas y exigentes como entre nosotros. En ninguna parte se encuentran aves finas ni plumas finas. Así, todo hombre y mujer de distinción debe tener dos vestidos, uno para el verano y otro para el invierno, grueso el primero para viajes y visitas, ligero el otro, con vivos y franjas de colores, que se usa para bailes.

Este primitivo estado de cosas, afirma sin embargo, Mr. Jenne, tiende a modificarse y habrá desaparecido durante esta generación. La expedición de que se trata introdujo en esta tribu nuevas costumbres, nuevos utensilios y nuevas modas, y al presente cosas prodigiosas, rifles, carabinas, máquinas de coser, están en manos de los esquimales.

Un dato curioso es el de que no existe entre estos esquimales ninguna de las enfermedades que nos son conocidas."

nes, marchas militares, ejercicios tácticos. En el resto de América ha ocurrido igual cosa. Durante la gran guerra del 14, los *niños exploradores* hicieron servicio de espionaje, sobre todo los estadounidenses. Conservo una revista centroamericana, en uno de cuyos grabados referentes a una fiesta cívica en Guatemala, se ve a un grupo de *niños exploradores* realizando ejercicios con pequeños cañones...

Militarizados nuestros pobres *niños exploradores*, víctimas de la vanidad propia y de los padres, no es extraño que no hagan exploraciones en cualquier sierra o junto a un lago, sino por la Avenida de Mayo o en la Plaza San Martín...

¿Qué también suelen hacer campamentos en alguna chacra cómoda, de los alrededores de Buenos Aires? En efecto. Pero, ¡en qué tristes condiciones físicas afectan los *niños exploradores* su vida

# LA LEYENDA DE MAKNO

## Restableciendo en lo posible la verdad

(Continuación)

Todo marchaba a pedir de boca. Los ejércitos de las águilas imperiales, de casco reluciente y de crines rojizas, como barbas de maíz, fulguraban a los rayos del sol sus bien relucientes sables, sembrando el terror y la muerte donde hallaban resistencia por parte de los pobres y miseros campesinos del rico y fértil suelo ucraniano.

Las protestas diplomáticas de Moscú, las largas reclamaciones cancelerescas, sólo obtenían como respuesta la sarcástica e insultante risa del bruto vencedor.

A la requisita de todos los víveres; a la ocupación del suelo, al robo y al saqueo de los bárbaros ejércitos, a la violación de las jóvenes, a la angustia de los viejos y al llanto y terror de las mujeres y niños, ejercidos infamemente por el triunfador, sólo contestaba, de tiempo en tiempo, como una voz lanzada en el desierto, un tiro de fusil de algún campesino desesperado, lo que daba lugar a que los invasores entraran a saque todo y no respetaran ni aun la próxima maternidad de las mujeres doloridas.

La cobardía de la impunidad había hecho al invasor aun más cruel. Pero, ¿cómo resistir? ¿Cómo oponerse al avance de aquellas hordas? ¿Cómo impedir que los nuevos bárbaros, al mando de jefes soeces y degradados se detuvieran en su loca carrera de muerte y de exterminio?

Sin armas, sin fusiles, sin cañones, sin municiones, casi sin caballos, ¿cómo organizar una insurrección que los aniquilara o que, por lo menos, los detuviera en su destructora obra?

Difícil, si no imposible, parecía tal empeño. Sin embargo, se organizó la insurrección; se encontraron armas, se tuvieron fusiles, hubo municiones, no faltaron caballos, y en cuanto a los hombres, sólo faltaban armas para armarlos. ¿Numerosos? Parecíanse a esos enanos de que se habla a los niños en los cuentos de hadas. Surgían del suelo, alineándose unos detrás de otros; y cuando alguno de los que estaban delante caía herido, lo retiraban y el primero en la fila ocupaba su sitio y tomaba su fusil, hasta el momento que fuera retirado sangrando o muerto a su vez, para dejar el sitio a otro.

Si fuéramos creyentes gritaríamos: ¡el milagro! Como no lo somos, y no creemos, por tanto, en los hechos sobrenaturales, tenemos que buscar la explicación de cada causa, y hallada deársela a los demás.

En Ucrania no hubo milagro. Los fusiles, municiones, cañones y demás armamentos que tuvo el pueblo para defenderse y contener el avance del invasor, no llegaron a manos de los campesinos por mandato de ningún ser sobrenatural ni extrahumano; no hubo intercesión divina, ni siquiera sacerdotal; todo pasó como en el más prosaico de los mundos, como pasan las cosas en es-

to que habitamos, ya que de los demás no sabemos una palabra. Todo fué natural y regular. Bastó, para que no hubiera milagro, pero sí insurrección y resistencia al invasor, primero, y vencimiento más tarde, la voluntad decidida de un hombre, su iniciativa y su coraje, y este hombre es Makno.

El peligro crece, se agiganta, adquiere proporciones aterradoras. La mitad de la Ucrania está invadida; amenazada de serlo rápidamente la otra mitad. Y el orgulloso invasor masculita amenaza, profiere palabras y hace gestos por demás significativos. Ya no es la Ucrania sólo la amenazada, es la Rusia blanca también, y luego la Moscú, y más tarde, ¡quién sabe! Acaso lo sea toda Rusia. El peligro es inminente; hay que evitarlo. ¿Cómo?

Makno surge entonces. Concibe su plan y llama a algunos hombres de su confianza, a quienes se lo confía. Estos se aterran; dudan luego. Por fin se convienen.

"Morir por morir — dice Makno —, muramos; pero al menos hagámoslo como hombres que quieren defender su libertad y su vida.

El enemigo tiene armas, fusiles, municiones; pues bien, vayamos a buscarlas. Quitémoslas al enemigo".

Y así empezó la lucha, la épica tragedia, la que libró a Rusia de la invasión, y quien sabe si no salvó también a la revolución y a sus hombres.

Puestos de acuerdo Makno y sus amigos, que no pasaban de diez hombres, pero todos dispuestos, esperaban la noche, y cuando ésta había llegado, arrastrándose como las culebras, aprovechando las incidencias del terreno, al amparo de la oscuridad, y valiéndose de conocer el terreno que pisaban, se acercaban a los centinelas germanos, y después de matarlos, les arrebataban el fusil y las municiones. Cuando ya los primeros componentes del grupo tuvieron los correspondientes fusiles y municiones, adoptaron nuevo y más práctico procedimiento.

Conocidos son los métodos en la guerra en lo referente a las exploraciones para conocer el terreno o bien averiguar la existencia del enemigo. Para ello se destacan de los regimientos o batallones grupos de cuatro, seis, ocho o más hombres, que al mando de un sargento, o de un teniente, se dirigen en exploración hacia la parte que por el comandante les ha sido indicada.

Makno y sus amigos, que por el día escondían los fusiles con fantásticos riesgos conquistados, por las noches se dedicaban a la caza de esos grupos exploradores, procurando siempre herir primero al oficial que los mandaba, intimando con la rendición a los hombres, lo que casi siempre conseguían.

Una vez rendidos y prisioneros los del grupo, los desarmaban, y si iban a caballo los quitaban los caballos y los dejaban en libertad.

Lucha homérica, la que estos hombres sostenían para poderse procurrar las armas que habían de servir a su defensa.

El ejército, ¿podremos llamarle ya ejército?, de Makno, crecía como la espuma de jabón cuando se frota un pedazo de tela bien jabonada de antemano.

Cada fusil, o cada presa de varios fusiles, eran otros tantos soldados que engrosaban el ejército insurreccional.

Cuando ya habían armado, siempre por el mismo procedimiento, algunas docenas de hombres, constituyeron varias guerrillas, que no se limitaban ya a cazar grupos exploradores, sino que también se permitían el lujo de inquietar a los cuerpos de ejércitos, preparándoles algunas emboscadas.

Pero lo principal de estas guerrillas era siempre la captura del pequeño grupo, para aumentar el número de sus fusiles.

Y lo que había empezado siendo un solo hombre, pues suponemos que debió ser un hombre solo el primero que mató a un centinela del ejército invasor para apoderarse de su fusil, grupo más tarde, después guerrillas, con algunos centenares de hombres; en miles trocáronse en seguida. Y Makno, el "bandido", como dicen los bolcheviques oficiales y oficiales, llegó a mandar un ejército de "ochenta mil insurrectos", que impidieron la invasión total del país que los vio nacer.

Angel PESTANA.

Una anécdota

Una jóven estudiante rusa, llegó a París, y su única preocupación era conocer personalmente a Anatole France. A través de los libros y de la reputación, ella adoraba al gran escritor porque veía en él el amigo de los humildes y de los que sufren.

Provista de una calurosa recomendación, se presenta en la Villa Saïd.

Entrega su tarjeta a Josefina para avisar a su patrón. Este consiste en recibir la visita.

—¡Suba! — dice el ama de llaves desde lo alto de la escalera.

Pero nadie contesta.

Josefina, un poco impaciente, baja. La antecámara está vacía, busca en el comedio esa señorita...

—¿Y bien, Josefina? — pregunta el maestro que espera.

—Señor... No sé dónde diablos se ha mentido esa señorita...

—¿Cómo?

—¿Qué se ha esfumado!

—¿Pero qué dice usted, Josefina?

—Lo que oye, señor. No comprendo lo que puede haber pasado... He buscado en todas partes y no la encuentro. Se debe haber marchado.

—¡No debe estar muy bien de la cabeza!

Más tarde se tuvo la llave del enigma. Tan pronto como hubo traspuerto el umbral de la puerta, la rusa se vio presa de un gran estupor ante el espectáculo de un lujo y un refinamiento que estaba muy por encima del de muchos Creos modernos. Y ella no había imaginado de ese modo la morada de un apóstol. Aquella atmósfera rústica, aquella óndida nina de la Escócia no podía comprender que la pasión de lo bello fuese compatible con la sensibilidad del corazón. Había sentido como una especie de angustia. De repente dió media vuelta, abrió ostentadamente la puerta, la volvió a cerrar y salió precipitadamente.

Nunca más se volvió a saber de ella.

Paul GSELL.

# La integración humana

Por PAUL GILLE

## Consideraciones preliminares

Ser hombre, en la acepción completa de la palabra, ser hombres acabados, tal es el gran fin que nos propone la vida.

No somos aún más que bárbaros, como escribía el viejo Blauqui (*Critique sociale*, tomo I, pág. 174). No somos aún más que un estado intermedio entre el mono y el hombre, entre la bestialidad original y la humanidad plena. "El hombre, bestia feroz, primo del gorila, ha partido de la noche profunda del instinto animal para llegar a la luz del espíritu... Ha partido de la esclavitud animal, y atravesando la esclavitud divina, término transitorio entre su animalidad y su humanidad, marcha hoy a la conquista y a la realización de la libertad humana" (*Bakunin, Dieu et l'Etat*, pág. 16). Así la oruga pasa por el Estado de crisálida para convertirse después en mariposa.

Esta integración de nuestra naturaleza, este florecimiento de nuestras virtudes libertadas, este "estado perfecto" del ser humano ¿qué caracteres salientes tendrá? ¿Cuáles serán sus características? Esto es lo que importa aclarar y definir, es lo que importa conocer si queremos orientarnos en la vida con conocimiento de causa, como hombres conscientes de nuestra naturaleza, de nuestro puesto en el universo y del voto íntimo de nuestro ser.

Porque es en vano que con Stirner o Nietzsche queramos despojarnos de nuestra cualidad de hombres. Esta no es un traje que se quita y se pone. Está en nuestra naturaleza misma. No es una apelación vana con que se emboza a su gusto nuestro "yo", único y soberano. Corresponde a una realidad profunda. "La naturaleza, como dice Séneca, nos ha hecho parientes". Y esta relación de familia, ese lazo de parentesco, esa solidaridad profunda, orgánica, que hace de nosotros, colectivamente, hombres en potencia y en evolución — no hay nadie, ni el "único", ni el "superhombre", que pueda sustraérnosla. "Somos los miembros de un gran cuerpo", y únicamente la aberración metafísica, que pierde de vista las realidades, puede llegar a ese egotismo antinatural o a ese "delirio de ambición" y de orgullo que niega de la humanidad.

Nobleza, dignidad, independencia; esca de valores; todo eso no puede fundamentarse, no tiene base fuera de la historia natural y de la antropología, fuera de la ciencia del hombre. La humanidad es nuestra norma fisiológica; es la ley de nuestra naturaleza.

¿Qué implica, pues, esa humanidad completa, esa humanidad perfecta, a la que aspiramos, a la cual nos llevan el desenvolvimiento normal de nuestro ser y la evolución natural de la vida, a la cual, en fin, nos impulsa el sentimiento de nuestra dignidad?

## II

### La autonomía

La autonomía primeramente, — la plena autonomía que resulta del estado científico de la conciencia y de la mayoría de la razón, la autonomía emancipada de todas las ficciones teológicas o metafísicas, de todas las ilusiones que la han desviado y sometido desde la infancia de la humanidad.

De todas estas ilusiones, el centro, el núcleo, el punto de partida y de apoyo, es la ilusión de la causalidad absoluta, la ilusión autoritaria, la ilusión del libre arbitrio. Es de ella de donde nacieron las supersticiones primitivas. Es sobre ella que reposan todavía, es por ella que pretenden justificar el derecho de propiedad y el derecho penal que dominan y rigen en su estado actual, nuestra vida colectiva.

Pero contra esa ilusión inicial, de esa ilusión madre, la crítica realista y determinista, tuvo razón; tiene más razón cada día. El milagro de lo absoluto y de

## I

lo arbitrario se disipa poco a poco. La superstición muere. Las entidades metafísicas se desvanecen. Y mientras que el Estado — esa entidad colectiva, esa creación de la metafísica social — a pesar de las argucias "colectivistas" pierde poco a poco su prestigio y su ascendiente providencial, mientras que el "yo", esta otra entidad metafísica, a pesar de los sofismas individualistas, a pesar de los altares que le erigió el egotismo, pierde poco a poco su crédito, cesa de creer otra cosa que una palabra vana y un motivo de verbosidades sin fundamento, la naturaleza humana florece, liberada de los últimos obstáculos que se haba creado a sí misma, el hombre, en fin, aparece en la plenitud de su autonomía.

Esta autonomía se presenta así como el término natural de una evolución, de la que cada etapa, cada fase, es un progreso de la libertad, una disminución de la autoridad, un paso más hacia la liberación de la crisálida humana.

Se traduce, ante todo, por el reclamo del caperazón capitalista y gubernamental que comprime y paraliza el libre vuelo de la humanidad y el desarrollo normal de la vida. Este fenómeno psicológico, este cambio, es la primera condición, al mismo tiempo que el signo visible del triunfo definitivo de la libertad, la condición y el signo del advenimiento de la autonomía humana, de la autonomía inteligente, consciente y racional del hombre, emancipado de todas las ficciones jurídicas, de todas las supersticiones, de todos los fetichismos, de todos los absolutos. Últimos vestigios del abso-

lutismo bárbaro, el dinero y el Estado, cualesquiera que sean las formas, cualesquiera que sean las enmiendas, están llamados a desaparecer bajo la impulsión orgánica de la historia, bajo el impulso soberano del desenvolvimiento del hombre.

¿Es necesario, por lo demás, subrayar las maldades, la impotencia para el bien, la injusticia? ¿Es necesario recordar todas las taras, toda la imperfección natural, congénita, orgánica?

Lo que importa señalar en todo caso, ante todo e insistentemente, en desprecio de las pomposas y "sabias" disertaciones de los economistas, ortodoxos o no, es la equivalencia completa y la sinonimia de los dos términos: numerario y capital. Blauqui (*Capital et Travail, critique sociale*, tomo I) sobre esto, con su sentido agudo de las realidades, ha visto mucho más claro que Marx, cuyo pedantesco aparato no encubre más que una vacuidad metafísica. El capital, es el numerario — y no otra cosa; toda la logomaquia del mundo no probará lo contrario. El buen sentido popular, por lo demás, no se engaña. El enemigo para él, es el dinero, es el oro, es el papel moneda, es el símbolo del derecho de propiedad y del poder económico que, acumulándose en ciertas manos, engendra el privilegio y la explotación, es ese numerario, cuya sola existencia engendra el mercantilismo y todo lo que de este se deriva.

El enemigo, también, es el Estado, es el poder político. La sutileza dialéctica de algunos de sus defensores se ingenia en juegos de palabras, en distinguir el Estado-gobernante, el Estado-gobernado, (véase E. Vandervelde *L' socialisme contra l' Etat*), en oponer recíprocamente estos vocablos engañosos, pero no es menos verdad que el Estado es la forma

política de la agrupación humana, es decir, ante la historia y su naturaleza, la forma agrandada de la ciudad y del gobierno territorial (*L. Morgan, Ancient Society*) y que no es atribuyéndole o más bien restituyéndole las funciones económicas que perdió en el curso de las edades y con el voto del progreso, como se cambiará su naturaleza y su carácter fundamental.

El Estado es, naturalmente, un órgano de opresión, una creación del absolutismo, y es en vano que se pretenda hacerlo órgano de justicia. La descentralización que se preconiza es su muerte misma, — si se es lógico y si se va hasta el fin. Porque lo que hace el Estado es la centralización y la unidad impuesta, parcelaria o no, y reconocer el principio de la autonomía, es implícitamente, lógicamente, condenar el Estado, aun el democrático; es, con toda justicia, abrir la puerta, a pesar de él, al derecho imprescriptible de las minorías y de los individuos.

El Estado como el numerario, el numerario como el Estado, están, por consiguiente condenados a desaparecer; están condenados por la evolución natural de la historia, por las exigencias de la naturaleza humana, por la razón consciente del hombre, llegado a su mayoría de edad. Una vez desaparecidas esas superestructuras opresivas, el hombre podrá, por fin, ser plenamente hombre; libre de su coacción, podrá, en fin, en plena posesión de sí mismo, tener verdaderamente la dirección de su vida.

Pero esta autonomía perfecta, no hay que olvidarlo, esta autonomía perfecta, primera exigencia de nuestra dignidad de hombres, primera exigencia de nuestra dignidad de personas mayores de edad, no implica sólo una transformación puramente objetiva de las condiciones materiales de la vida; implica también un estado moral, un estado psicológico que conviene concretar.

Advertimos primeramente que esa autonomía integral, por racional que sea no tiene nada de común con la autonomía absoluta de que hace Kant la condición y la base de nuestra dignidad. Para Kant, en efecto, la autonomía reside en la determinación de la voluntad por la razón pura; es libre sólo el que regula su conducta fuera de toda influencia sensible. Es esclavo, al contrario, aquel cuyas decisiones sufren, de cual quier modo que sea, esas influencias.

El hombre libre y autónomo, por ejemplo, querrá la felicidad ajena, no debido a la simpatía por los demás, ni porque le atraiga la felicidad universal, sino para obedecer a la razón que le ordena el deber, dictándole las categorías universales, absolutas, apriorísticas, del bien y del mal. "En el obrar — dice Kant — por simpatía, por compasión, por caridad, no hay absolutamente ninguna moralidad; estos actos van contra la moral".

Se conoce al respecto el famoso arranque de Schiller:

"Escrúpulo de conciencia: Sirvo voluntariamente a mis amigos, pero ¡ay! la hago con inclinación y tengo a menudo de este modo el recordamiento de no ser virtuoso".

"Decisión: No tienes más que una cosa que hacer. Es preciso procurar el desprecio de esa inclinación y hacer entonces con repugnancia lo que te ordena el Deber".

Kant mismo, por lo demás, constata con alguna amargura, que esa separación absoluta que nos predica no es de este mundo: "En el hecho, dice, es absolutamente imposible establecer por la experiencia y con una perfecta certidumbre un solo caso en que la máxima de una acción, conforme al deber por otra parte, no haya tenido otra base que los principios morales y la representación del deber... No se encuentra por todas partes más que el queridito yo mismo en lugar del precepto extrínseco del deber" (*Metafísica de las costumbres*). Es que, verdaderamente, la sensibilidad, — tanto como la razón, constituye parte integrante de la naturaleza humana y que no se amputa así un ser vivo de lo que constituye su realidad individual, de lo que forma lo que es él — y no otro — y fuera de lo cual no ve cómo se podría legítimamente decir que se determina por sí mismo o que es "autónomo".



La mayor parte de los kantianos, es verdad, como la mayor parte de los espiritualistas, por otra parte, establecen una distinción entre la *individualidad*, que se encarna en el organismo, y la *persona*, hecha de estos dos elementos: razón y libertad. Pero hay allí otra cosa que un artificio dialéctico y la expresión del prejuicio espiritualista? Ciertamente, se puede discernir, se puede caracterizar en nosotros las inclinaciones que dependen de la razón; pero de esas inclinaciones, la razón no es sino parcialmente la causa, porque jamás la personalidad se destaca del organismo individual y se puede decir que ella no es más que la individualidad misma, en sus aspectos más elevados y más humanos. Si el sabio se olvida en la ciencia, si el hombre de convicción se sacrifica a su ideal, lo hacen cada uno de un modo que lleva el signo de su sensibilidad propia en que se revelan sus inclinaciones nativas. Nunca, en realidad, la persona humana se determina por la razón pura; nunca se encuentra la autonomía absoluta, tal como Kant soñaba.

¿Cómo definir por consiguiente ese estado moral en que el hombre no *atiene ya su poder* y se gobierna como jefe de sí propio?

Ese estado, puede decirse, es esencialmente un estado opuesto al hipnótico. El individuo autónomo es aquel a quien ninguna hipótesis posee, a quien ninguna fascinación subyuga, a quien ningún fetichismo domina y somete. Estado físico, estado magnético, tanto como estado moral. Estado bien conocido de los iniciados de todos los tiempos.

Y esta autonomía perfecta, esta plena posesión de sí mismo, no es solamente negativa. Supone también una disciplina interior, una disciplina derivada de la ascendente normal de la razón sana, de la libertad y que vuelve a tomar sus derechos en un realismo inteligente y consciente, una disciplina racional que, sin desconocer los derechos de la sensibilidad entera, no deja lugar ni a la tiranía de adentro ni a la tiranía exterior.

Es eso lo que la distingue de la anarquía, de la indisciplina, que es la negación pura y simple de toda regla, sea dogmática o razonada. El hombre consciente sabe que "no se triunfa de la naturaleza más que obedeciendo sus leyes", y si no tiene dogmas no por eso carece de principios y de disciplina, de saber lo que debe ser para no caer en el dogmatismo, en el apriorismo, en lo arbitrario, para que no lesione la dignidad humana. Pero tener por principio no tener principios, encierra ante todo una contradicción y una imposibilidad psicológica. Además, prácticamente, ese ideal absurdo e imposible, si se intentase vivirlo, no llegaría más que a disolver el individuo en una impulsividad radical en lugar de fortalecerlo. Una fuerte actividad supone principios sólidos. Y sin ideas directoras, sin disciplina razonada, el hombre no podría decir que se gobierna. No sería más que una nave flotando al azar, a merced de las olas, sin brújula y sin timón.

A decir verdad, todo hombre tiene principios. Verdaderos o falsos, justos o erróneos, la razón es la fuente que los da a luz. Función natural, función fisiológica. Es razonando — o irrazonando — sobre los hechos que observa que el hombre se forma una idea sintética del mundo y de lo que debe hacer. Es así que regila su actividad, su vida, su conducta.

Pero estas reglas, estos principios, pueden ser viticados por el absolutismo, por la ilusión metafísica y autoritaria, por la creencia y la sumisión a una heteronomía cualquiera.

La ciencia misma puede prestarse a estas desviaciones del espíritu. Y hemos visto a ciertos historiadores, como a ciertos sociólogos, atribuir a la disciplina aportada por la ciencia, a la disciplina del hombre consciente, un carácter de heteronomía radical que sería la negación de toda autonomía y de toda dignidad verdadera. Según ellos, son las cosas exteriores, y no nosotros mismos, quienes nos dirigen fatalmente. Son ellas las que nos dictan la línea de conducta que es racional seguir, y nosotros no tenemos otro recurso que someternos y obedecer. "Por adelantado, dice Taïve, la naturaleza y la historia han escogido por nosotros; somos nosotros los que

debemos acomodarnos a ellas, porque es seguro que ellas no se acomodarán a nosotros". Y numerosos sociólogos, aún empleando otro lenguaje, llegan a la misma conclusión: para ellos no son las predisposiciones étnicas o los decretos de la historia, son las condiciones sociológicas las que deciden soberanamente de la suerte de la sociedad y del destino humano. Una vez que se conoce la norma de las relaciones sociales y el determinismo de su acción fatal sobre los individuos, se sabe donde se debe llegar y cuál es el camino a seguir, el camino que será infaliblemente seguido. Para unos como para otros, la regla de nuestra conducta está fuera de nosotros; está en la fatalidad de las cosas y la sabiduría se confunde con la resignación.

Y bien, este absolutismo, por "científico" que se crea, vale el otro: no es otra cosa que pura metafísica y que el *determinismo simplista*. Desde que se ven al contrario, las cosas tal como son realmente, es decir esencial e infinita-

mente complejas, se distingue en esa complejidad misma la condición y el fundamento de una cierta autonomía, de un cierto poder de *self-determination* del individuo. No es más que una senescencia, una ciencia unilateral la que concluye en el fatalismo y en la pasividad.

Hay, evidentemente, nosotros lo sabemos, una parte de influencia exterior en las determinaciones más espontáneas, y más voluntarias. Pero si la acción del medio es cierta, no es menos verdadero que el *medio no lo es todo*; no es menos verdadero que la energía *increada* del ser vivo — *increada* y, por eso, irreducible a los medios — tiene también su misión, y que la autonomía que de ello resulta va creciendo en la medida del desarrollo de la conciencia, en la medida del desarrollo del saber y de la lucidez, para llegar a su plenitud por el conocimiento científico del mundo, el fin de todas las ilusiones autoritarias, la desviación de todo absolutismo.

(Concluirá)

## CARTA DE PARIS LA ESCISION EN EL MOVIMIENTO OBRERO FRANCES

Es difícil representarse una situación más intrincada que la que reina actualmente en el movimiento obrero francés. Para que los lectores puedan darse una orientación aproximada, es necesario empezar del congreso realizado en Lille en julio último y los sucesos que después acaecieron. Como recordareis, era uno de los asuntos de mayor importancia la exclusión de unos cuantos sindicatos, que se habían adherido a la tendencia revolucionaria, de la Confederación General del Trabajo. Las exclusiones de la minoría, fueron hechas por las instituciones centrales, a las que estos sindicatos pertenecían. La causa — mejor dicho — el pretexto de la exclusión, era que estos se habían adherido a la Internacional de Moscú, organización con la cual nada tenía que ver la C. G. del T., porque formaba parte de la Internacional de Amsterdam. Más este pretexto, según quedó demostrado, era insuficiente. Como es sabido, negáronse las organizaciones sindicalistas francesas revolucionarias adherirse a la Int. de Moscú. Quizás por esto o más aun por el temor de que en esta cuestión quedarán ellos en minoría, ni siquiera acordáronse los dirigentes reformistas de la Confederación, en el congreso de Lille, de las exclusiones. El criterio general de los delegados era, indudablemente, *contra* las exclusiones. Esto se podía comprender tan solo por el hecho de haber sido, en la revisión de las credenciales de los delegados de esos sindicatos admitidos todos sin discusión alguna. Parecía que el problema estaba resuelto ya y que no había mas lugar a exclusiones.

Aun los miembros de la mayoría, que en Lille obtuvieron una victoria reformista en todos los demás asuntos, dijeron que la resolución adoptada, por la que invitaba a todos los sindicatos a observar la disciplina y someterse a la resolución de la mayoría, en manera alguna indicaba que había que *excluir* a algunos.

Sucedió, empero, lo contrario. Después del congreso, reunióse el llamado "Consejo nacional", el que reúne a todos los secretarios de las federaciones y de las uniones departamentales (las cuales incluyen a todas las uniones obreras de un departamento determinado), haciendo conocer y aprobar nuevamente la exclusión de los sindicatos de la mi-

noría. Esta vez ya bajo otro pretexto: la unificación de los últimos con los "Comités sindicalistas revolucionarios".

(Estos comités — C.S.R. — se fundaron a principios del año 1921, para agrupar en su seno a la minoría sindicalista; en estos comités podían entrar personas aisladas y sindicatos enteros). La existencia de los Comités Sindicalistas Revolucionarios fué declarada como violación de la disciplina sindical; la introducción de un especie de "Estado dentro del Estado". De un modo harto jesuítico (no se mencionó, por ejemplo, la palabra "exclusión") declaraba la resolución del "Consejo nacional", que los sindicatos que se adherían a los C.S.R. se colocan ellos mismos, fuera de las filas de la "Confederación General del Trabajo". Dicho de otra manera, se separaban voluntariamente del núcleo central de trabajadores.

El número de los excluidos crecía cada vez más; la mayoría dirigente pensaba, probablemente, desprenderse, por este medio, de la oposición. Pero la oposición se sentía demasiado fuerte para dejarse desalojar tan fácilmente. Y más que todo, porque no quería separarse de la Confederación. Esperaba, al contrario, asumir en breve, dentro de la misma, un papel de dirigente. En su respuesta a las exclusiones, resolvió la oposición convocar a un congreso sindicalista en pleno y plantear allí el asunto en discusión.

Fueron invitados todos los sindicatos, sin distinción de tendencias. En la invitación se decía que el congreso tenía por objeto la *unificación* de todos los sindicatos y la protesta contra las divisiones introducidas en su seno por la política de exclusiones, política que atenta contra los actuales dirigentes de la Confederación. También fué invitado el "Bureau" de la Confederación. Esto último interpretó la intención de la oposición como una abierta declaración de guerra. La polémica se agravó aún más. Los dirigentes de la mayoría (mejor dicho, los administradores de la Confederación) plantearon el asunto desde el punto de vista legal; un congreso puede únicamente ser convocado por la Confederación — en el "Bureau" administrativo — luego es la convocatoria del presente congreso ilegal, contra la constitución; un hecho de división flagrante,

Ruega, por consiguiente, a los sindicatos no prestar atención al llamado de la oposición. La oposición, por su parte, demostraba que la división no venía de ella, sino del partido dirigente, y que el congreso en proyecto no llevaba en vano el nombre de "congreso de unidad".

Llegó el día del congreso y se vió que a él responderían un número considerable de organizaciones obreras. Mayor en todo caso, del esperado por la "mayoría" de la Confederación. No todas las organizaciones participantes eran, por su tendencia, partidarias de la oposición, pero todas querían demostrar que estaban en contra de las exclusiones de los sindicatos, por diferir, estos últimos, en sus puntos de vista con la mayoría; que defenderían el derecho de tener su criterio libre dentro de la Confed. Que era la "mayoría" la que introducía la división en las filas de la Confederación, lo comprendieron todos en seguida. Que sus jefes no griten de disciplina, de someterse a la resolución de la mayoría, etc., cuando ellos excluyen, precisamente, a aquellos sindicatos cuya mayoría es revolucionaria, y declaran que la organización legal es aquella pequeña minoría, cuya tendencia no es revolucionaria; cuando anuncian que en cada federación es legal únicamente aquella parte que está con ellos, considerando a los demás expulsados de la Confederación; dando con esto un ejemplo muy dudoso de observancia de las resoluciones de la mayoría y de los principios de organización.

En el "Congreso de unidad" reunióronse delegados de más de 1.500 sindicatos (para ser más puntual, 1.664) o sea mayor número de lo que representó la mayoría del congreso de Lille. Esto dio a la oposición el derecho de afirmar que su congreso no es menos, — quizás más — que la amplia representación de la clase obrera, como lo fué el congreso de Lille. Esto también le dio la esperanza de que, una vez comprobado por la "mayoría" dirigente la nula representación en el congreso, se volvería más transigente. Que se podría llegar a una inteligencia y que el resultado del congreso sería una "unificación" efectiva. Se acordó también hacer algunos sacrificios en pro de la unificación. Como el pretexto para la exclusión de los sindicatos opositores era de que muchos de ellos pertenecían a los "comités sindicalistas revolucionarios", a los cuales los jefes de la Confederación consideraban como un debilitamiento ilegal de la disciplina, propusieron algunos delegados, si no sería conveniente que estos sindicatos se separaran de los C. S. R., de jure, por supuesto a sus miembros la libertad de ingresar individualmente donde mejor les pareciera. Esto — dijeron — quitará a los dirigentes de la Confederación todo pretexto para seguir gritando que no cumplimos con la disciplina y demostrará a todos que queremos, por todos los medios, evitar la escisión. Se resolvió que fueran los delegados de los sindicatos afectados directamente por la propuesta, los que resolvieran al respecto. La mayoría de ellos se expresó en ese sentido, a fin de llegar a un acuerdo. Resolvióse también mandar inmediatamente una comisión a la Confederación, con la propuesta de plantear, a base de transigencia mutua, cualquier inteligencia. Las condiciones principales que la comisión enviada estaba autorizada a plantear eran:

1.º Abandono de todos los motivos en que se fundó la Confederación para realizar sus expulsiones;

2.º...

3.º...

4.º...

5.º...

6.º...

2.º Todos los sindicatos expulsados serán admitidos de nuevo;  
3.º Será reconocida la autonomía de los sindicatos en las federaciones y en la Confederación.

La respuesta a estas condiciones deberá el "Bureau" de la Confederación y la comisión administrativa darla a conocer, no tan sólo al congreso, sino también al Consejo Nacional Confederado, el cual exigió al congreso "unificador" que se reuniera en el transcurso de la semana.

La comisión partió. En la oficina de la Confederación la recibió un empleado y les dijo que él no podía tomar sobre sí ninguna responsabilidad, y que la respuesta estaría de allí a unas horas. A la hora convenida la respuesta no estaba. Más tarde tampoco. Recién al día siguiente supo el congreso por los diarios, que el "Bureau" de la Confederación no podía tomar en cuenta las consideraciones y propuestas que provenían de un congreso ilegal, cuyas resoluciones estaban resueltas por la comisión administrativa de antemano, y que no tendrían significado alguno. Con esto cerraban la puerta a todas las negociaciones ulteriores.

La situación en el congreso volvióse fracamente muy difícil. En realidad no lo había previsto la oposición y no estaba pronta a separarse definitivamente de la Confederación. Fuera de ello, había en la oposición misma, por lo menos dos o quizás tres tendencias distintas. Para crear algo nuevo había que chocar en problemas tan importantes, como la "dictadura del proletariado", las relaciones con Moscú, centralismo y federalismo, etc. Esto era lo que exigía la "extrema izquierda" del congreso o sea los anarquistas y una parte de los sindicalistas revolucionarios. Ellos exigían durante todo el tiempo, que en el congreso se pusieran en claro las tendencias existentes y que se crearan puntos de vista generales. Los partidarios del bolcheviquismo (los abiertos y encubiertos) decían en cambio, que los puntos de divergencia no tienen mayor importancia y que la oposición estaba suficientemente unida por su espíritu revolucionario y por su odio al reformismo.

En la práctica ocuparon todas estas habladurías y las concepciones sobre las relaciones futuras con la administración de la Confederación, tanto tiempo, que fué literalmente imposible tratar problemas de principios. Así quedó la confusión en las filas de la oposición. (Es necesario, sin embargo, decir que en el breve tiempo transcurrido desde el congreso — un mes escaso — fué introducida bastante claridad en este sentido).

Separarse del todo de la Confederación no se atrevió el congreso; según parece, hacían los delegados incapaces en que bajo ninguna circunstancia serían ellos los responsables de la división, resolviendo, en consecuencia, continuar las negociaciones. Las resoluciones adoptadas plantean a la Confederación toda una nueva serie de exigencias y condiciones. "A pesar de la intención claramente demostrada por los dirigentes de la Confederación de provocar la división, espera, sin embargo, el congreso "unificador", que la unidad de la Confederación pueda conservarse aún, pudiendo hacerlo únicamente los obreros en el congreso de la Confederación, el cual deberá ser convocado en la primera mitad de 1922. En este congreso podrán participar únicamente los sindicatos que estaban adheridos a la Confederación durante el congreso de Lille. Si hasta el

31 de enero no diere el consejo nacional confederal, a conocer la fecha del congreso, será el Comité de Organización, elegido por el congreso actual, el encargado de hacer la convocatoria del congreso próximo". Mas, en vista de la actitud hostil que adoptara la administración de la Confederación para con la oposición antes y durante el congreso, resuelve el congreso de "unificación" dejar de tomar a la Confederación carnets y estampillas o sea, no pagar las cuotas en todas aquellas organizaciones, federaciones, uniones departamentales de la Confederación General del Trabajo, que estén de acuerdo con la política de exclusión y división que lleva a cabo la comisión administrativa y el "Bureau" de la Confederación. El congreso acuerda mantener provisoriamente los vínculos entre todos los sindicatos, representados en el congreso de "unificación", bajo la forma de una comisión de organización, la cual se encargará de imprimir antes del 1.º de enero de 1922, nuevos carnets y estampillas sindicales, y encargarse de su distribución entre los miembros de los sindicatos, hasta tanto no se aclare la situación.

Ya pasaron tres semanas desde la realización del congreso. Por parte de los jefes de la Confederación no se hizo nada para hacer la paz. No hay síntoma alguno de que ellos tomen en cuenta la exigencia de la oposición, o de que tengan la intención de convocar a un congreso sindicalista. Por el contrario, ahora más que antes hablan de la ilegalidad de la organización surgida del congreso y mandan que no le tomen carnets ni estampillas. Pero los nuevos carnets se distribuyen rápidamente. Se hace difícil decir, por el momento, de parte de quién está la mayoría, pero la impresión que se recibe es de que ella resultará de la parte de la oposición. Algunas federaciones, no sabiendo que partido tomar, resolvieron separarse de ambas partes. Otras se desmenuzan, se dividen, también se dividen sindicatos. Todo esto sucede rápidamente. ¿Saldrán de todo esto dos federaciones, o la oposición adquirirá tanto peso, que todo lo que hay de valor en el movimiento obrero se pasará a su lado, muriéndose el resto como una rama seca? Esto nos lo mostrarán próximos acontecimientos.

En Francia es muy posible que suceda lo segundo.

M. CORN

(1) — Esta carta es continuación de las tres cartas que sobre "el movimiento obrero francés y la Internacional de Moscú" aparecieron en los tres primeros números de LA PROTESTA (Suplemento).

*El gran enemigo del movimiento intelectual y por lo tanto de la civilización, es el espíritu de protección, y yo califico así la idea de que la sociedad no puede prosperar, sino a condición de que todas las cosas de la vida sean, casi a cada instante y en todas partes, vigiladas y protegidas por el Estado y por la Iglesia: el primero enseña a los padres lo que han de hacer; la segunda lo que deben creer. — BUCKLE.*

**Ya está a la venta el libro de 172 páginas "LOS ANARQUISTAS" Por C. Lombroso y la re-putación por Ricardo Mella Prefecor UN peso**

## NUESTRO DEBER SOCIAL

raramos realmente de la gran verdad: no hay para los que poseen más que un solo deber ineludible, y es: el de despojarse de lo que tienen a fin de ponerse en las condiciones de la masa que nada posee. Queda subentendido, para toda conciencia lucida, que no existe otro deber más imperioso, pero también, se reconoce, al mismo tiempo que, por falta de valor, es uno de los más difíciles de realizar. Por otra parte, en la historia heroica de los deberes, aun en las épocas más ardientes, aun mismo en los orígenes del cristianismo y en la mayor parte de las órdenes religiosas que cultivaron expresamente la pobreza, fué éste quizá el único deber que jamás fué plenamente cumplido. Importa, pues, no olvidar, al ocuparnos de nuestros deberes menores que el esencial, ha sido siempre escrupulosamente eludido. Que esta verdad, nos domine. Recordemos que nosotros hablamos, cobijados por su sombra y que nuestros pasos, los más atrevidos, los más extremos, jamás nos conducirán al punto, donde desde un principio hubiéramos debido hallarnos.

No recojamos todas las objeciones tradicionales, sino solamente aquellas que pueden ser seriamente defendidas. Por lo tanto, nos encontramos con la más antigua, la cual sostiene que la desigualdad es inevitable y conforme a las leyes de la naturaleza. Es verdad; pero la especie humana parece muy probablemente destinada a sobreponerse a ciertas leyes de la naturaleza. Si ella renunciara a superar varias de esas leyes, su misma existencia no tardaría en hallarse en peligro. Está de acuerdo con su naturaleza particular, el obedecer a otras leyes que las de su naturaleza animal, etc. Por otra parte, esta objeción está clasificada, desde hace mucho tiempo, entre aquellas, cuyo principio es insostenible, puesto que conduciría a la masacre de los débiles, de los enfermos, de los ancianos, etc.

Se dice en seguida, que para apresurar el triunfo de la justicia, está bien que los mejores no se despojen prematuramente de sus armas, entre las cuales, las más eficaces son precisamente la riqueza y el ocio. Se reconoce así plenamente la necesidad del gran sacrificio, y no se discute, sino la oportunidad de llevarlo a cabo. Sea, a condición de que quede bien establecido que esas riquezas y esos ocios, sirven únicamente para apresurar los pasos de la justicia.

Otro argumento conservador, digno de atención, afirma que el primer deber del hombre, es de evitar la violencia y la efusión de sangre, siendo indispensable que la evolución social no sea demasiado rápida para que ella madure lentamente, atemperándose, cuando fuere necesario, a fin de que, la conciencia de las masas tenga tiempo de iluminarse y ser llevada, gradualmente, y sin peligrosos sacudimientos, hacia una libertad y una plenitud de bienes, que, en estos momentos, no harían más que desencadenar sus peores instintos. También esto, es verdad; sin embargo, sería interesante calcular, — puesto que no se llega al Bien más que a través del mal, — si los males de una revolución brusca, radical y sangrienta, pueden ser mayores que los males que perpetuamos en la evolución lenta. Convendría preguntarse si no hay ventajas en obrar más rápidamente; si,

todas las cuentas hechas, los sufrimientos silenciosos de los que esperan en la injusticia, no son más graves que los que sufrirán durante algunas semanas o algunos meses los privilegiados de la actualidad. Se olvida voluntariamente que los verdugos de la miseria son menos ruidosos, menos escénicos, pero infinitamente más numerosos, más crueles, más activos que aquellos de las más horrendas revoluciones.

En fin, he aquí el último argumento, quizá el más serio: la humanidad, declaran algunos, después de más de un siglo, recorre los años más fécondos, los más victoriosos, los años probablemente más cercanos a la cumbre de su destino. Si hemos de considerar su pasado, dijérase que la humanidad ha entrado en la fase decisiva de su evolución. Por ciertos indicios, se creería que está a punto de lograr el apogeo. Atraviesa por un período de inspiración que, históricamente, no puede ser comparado con ningún otro. Una nada, un último esfuerzo, un rasgo de luz que reanudaré o iluminará por completo los descubrimientos, las intuiciones dispersas o en suspenso, puede ser que sea lo único que nos separa de los grandes misterios. La humanidad acaba de abordar problemas cuya solución significaría el aniquilamiento del enemigo hereditario, es decir, de lo inconcebible del universo, — y haría probablemente inútiles todos los sacrificios que la justicia exige a los hombres. ¿No resultará entonces peligroso detener ese impulso, turbando ese minuto precioso, precario y supremo?

Admitiendo aun mismo que lo adquirido no podrá perderse como en las catástrofes anteriores, es de temer que la enorme desorganización exigida por la equidad, ponga bruscamente fin a este período fecundo y feliz; no siendo dudoso que solo renazca, después de largo tiempo, pues las leyes que presiden la inspiración del genio de la especie, son tan caprichosas, tan inestables como las que presiden la inspiración del genio del individuo.

Este, puede ser, como ya he dicho, el argumento más inquietante. Pero, sin duda, se dá demasiada importancia a un peligro bastante incierto. Además, esa breve interrupción de la victoria humana, tendrá compensaciones prodigiosas. Podemos acaso prever que es lo que acontecerá cuando la humanidad entera tome parte en la labor intelectual que es la labor propia a nuestra especie? Hoy, apenas si un cerebro sobre cien mil se halla en condiciones plenamente favorables a su actividad. Se hace actualmente un despilfarro monstruo de fuerzas espirituales. La ociosidad adormece tantas energías mentales en lo alto, como el exceso de trabajo manual, las sofoca en lo bajo. Incontestablemente, cuando nos sea posible a todos dedicarnos por entero a la tarea que, en el presente, solo desempeña algún elegido del azar la humanidad multiplicará por millares, sus probabilidades de llegar al grande y misterioso objetivo.

(Fragmento del libro "L'Intelligence des Fleurs" de Maurice Maeterlinck)

*Los héroes se parecen siempre por un lado a los ladrones nocturnos: van de recho a la casa de caudales.*

VOLTAIN